



GEDEON ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA



GEDEÓN

DIPUTADO A CORTES POR MADRID

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES

DIEZ CÉNTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN

Costanilla de los Angeles, 1

TELÉFONO 1.125

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

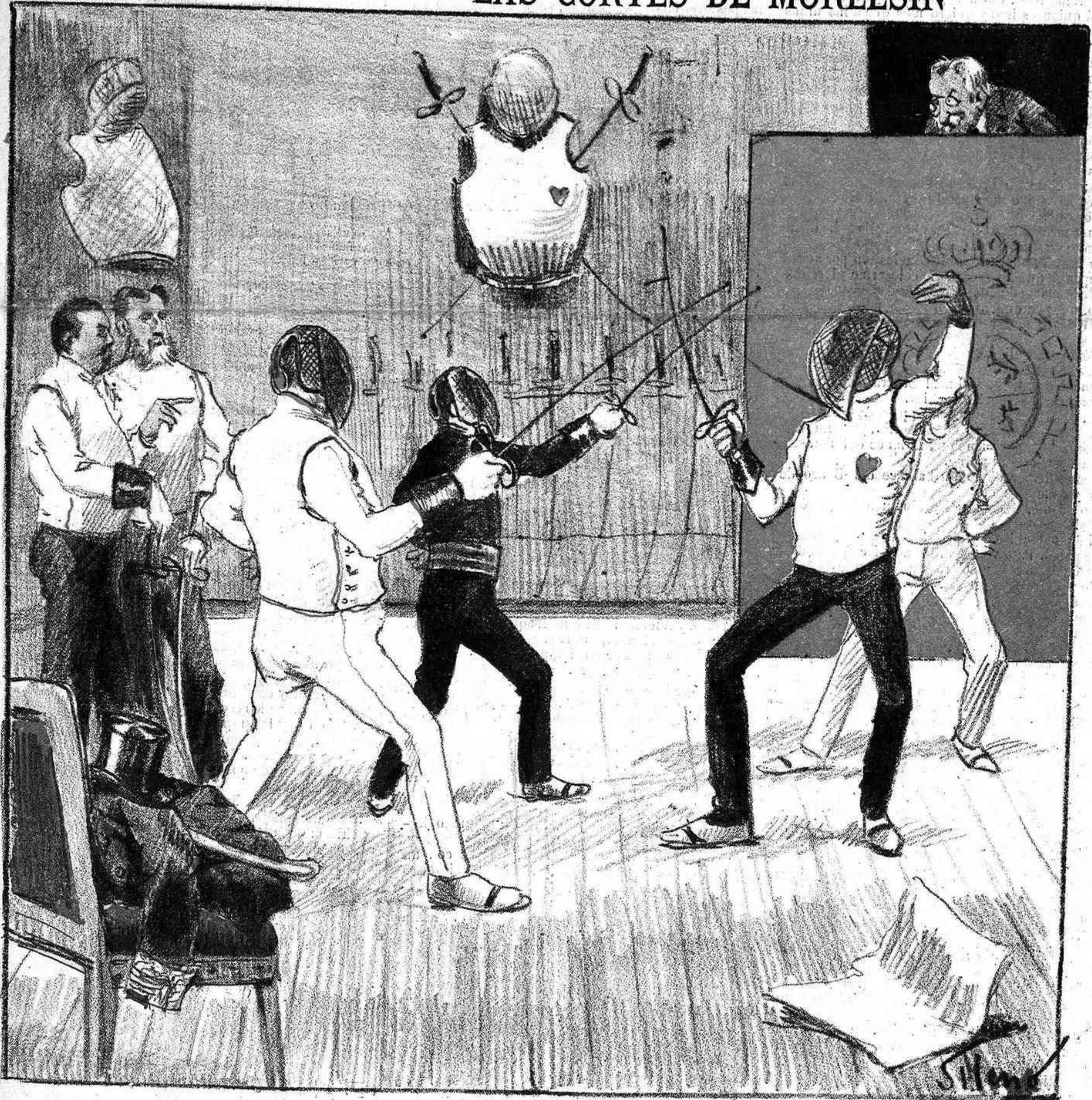
Madrid, trimestre.....	1,50 pesetas.
Año.....	6 »
Provincias y Portugal, trimestre..	2 »
Año.....	8 »
Número atrasado.....	0,25 »
25 ejemplares.....	1,50 »

AÑO II.

Madrid 11 de Junio de 1896.

NÚM. 31

LAS CORTES DE MORLESÍN



Comisión de actas... de desafío

Lit. Jesús del Valle, 36.

LOS JUEVES DE GEDEON

—Es así como tratas á los amigos, Gedeón? Tus criados no me querían dejar pasar.
 —Dispensa, Calinez; mis criados, como Cos-Gayón, según testimonio de D. Práxedes, lo estropean todo. Les había dado orden, efectivamente, de que si venía á visitarme el señor Obispo de Sión, le dijeran que no estaba en casa; pero tú no eres ese señor obispo.
 —Y harto deploro no serlo. ¡Oh, quién tuviera su elocuencia y su arte maravilloso para los sermones! Su palabra, siempre dulce y persuasiva, hace con versiones generales.
 —Lo de las conversiones, concedo, amigo Calinez; pero lo de generales, ya me parece harina de otra Villa Olea.
 —¿Y por qué no querías recibir al antiguamente llamado padre Cardona y hoy obispo de Palacio, que es como más que Cardona?
 —Porque tengo un duelo.
 —¿Tienes un duelo y nada me decías? ¡A mí, que soy tu primo!
 —Las noticias de los duelos no se deben de comunicar ni á los primos de secano ni á los primos de riberas. Ten esto presente, Calinez, para cuando te debas batir en algún jardín de la Castellana.
 —¿Cómo! ¿Tú te bates en un jardín de la Castellana?
 —Sí, en la Huerta.
 —¿Y con quién? ¿Con su propietario?
 —Libreme Dios, Calinez. ¡Batirme yo con D. Antonio, á quien estimo y quiero más que á las niñas de mis ojos, y no digo de los suyos porque están un poco torcidas? ¡Abominación, absurdo! qué diría el Sr. Pidal con un ojo en la campanilla y otro en el Sr. Romero Robledo, según su costumbre.
 —Pues entonces también torcerá las niñas. ¿Sabes tú si piensa sucederle en el sillón presidencial el ministro de Fomento?
 —¿Por qué lo preguntas?
 —Porque sentiría muchísimo que se le estropearan los ojos.
 —Ea; déjate de bromas inocentes y vamos al caso. Yo he tenido unas palabras con Morlesin.
 —¿Por qué?
 —Pues naturalmente, por mi acta. ¿No te he dicho que tengo un duelo?
 —Es verdad; ahora todos los duelos son por actas.
 —Supongo que no vendrás á colocarme el *calambourg* de las actas de duelo.
 —No, mis pensamientos son más hondos. Reflexionaba, Gedeón, que antes los duelos eran masculinos.
 —¿Cómo masculinos?
 —Sí, por actos.
 —¿Qué inocentada, Calinez! Si eran duelos por actos parecerían del género chico.
 —No, el género chico nunca ha privado tanto como ahora. Pero dejémonos de filosofías, pues nuestra conversación va pareciendo un Balance del maestro Ferreras, y vamos al grano.
 —Podías haber dicho un balance del Banco de España y es lo mismo.
 —¿Lo mismo, Gedeón? ¡Házselo bueno al moro de Sagasta!
 —Dije que lo mismo y lo sostengo; todo es cuestión de papel. Pero vamos al grano. Hace pocos días han descubierto los panaderos que el conde de Montarco lo vende á buen precio.
 —¿Qué dices? ¿Vende granos el alcalde?
 —Y apretando cuanto le es posible.
 —Oh nunca bien ponderado conde, ¡ha puesto la Casa de la Villa en liquidación!
 —¿Pero cuándo llegamos á mi grano, Calinez?
 —¿Dónde lo tienes?
 —¿No te he dicho que es cosa de Morlesin?
 —Entonces padecéis un antrax entre Cánovas y tú. Bueno, ya hemos llegado; tuviste unas palabras con D. Atanasio sobre tu acta.
 —Sí, me dijo que le habían asegurado que mi acta era completamente limpia. Yo me incomodé y le desmentí. El me respondió que no toleraba que se desmintiese á un hombre como él, á quien el mismo Cánovas le había dicho: *Tu es Petrus et super hanc petram edificabo...*
 —¿Qué es eso de petras, Gedeón?
 —Nada, Calinez, cosas de D. Antonio.
 —Más serán tuyas, grandísimo embustero. Mira que atribuirle á sus años...
 —Pero que ignorante eres, mi sublime amigo; petras, como tú dices en latín, equivale á piedras en castellano.
 —¡Ah, vamos! si es cuestión de lenguas nada más, continúa.
 Continúa. Las palabras entre Morlesin y yo se enredaron como las cerezas, y á la postre resultó un duelo.
 —¿Claro! un duelo de cerezas, digo, un postre de lo mismo; y naturalmente, os batis en la Huerta; las cerezas obligan.
 —Nos batiremos, pero hasta la fecha no tengo padrinos, y había pensado en tí.
 —Perdona, Gedeón. Pídemelo si quieres mi mujer en matrimonio, y dispuesto estoy á morirte para entregártela una vez viuda, pero por lo que más ames en el mundo, no me nombres tu padrino.
 —¿Y qué motiva esa oposición á apadrinarme?

—Tengo mis razones; verás. ¿Se han batido los generales Martínez Campos y Borrero?
 —Hasta la fecha, no.
 —¿Ninguno de los dos ha sufrido la menor descalabradura?
 —Cierto, ninguno.
 —Pues sin haberse batido y sin sufrir por consecuencia los dos generales ningún mal, ya ha habido un particular descalabrado; el Sr. Nuñez, padrino de uno de los contendientes. Los duelos modernos tienen eso; aunque no se verifiquen se llevan los golpes los padrinos, con que déjame de padrinzos, pues si en un duelo, que gracias al obispo de Sión no se efectúa, pasa eso, no sé qué sucederá en otro donde haya cardenales y no obispos; quiero decir en otro que se verifique.
 —A primera vista, Calinez, parece que tienes razón.
 —Y aun á primera sangre la seguiría teniendo; por eso no quiero que llegué la primera.
 —Pero tú no sabes, y yo he de decírtelo, que aun cuando el Sr. Nuñez, padrino del general Borrero, parecía en el Congreso el descalabrado, los golpes iban contra otro que no es padrino de nadie, sino, por el contrario, ahijado de Bosch.
 —¿De modo, amigo Gedeón, que ahora se estila pegar en uno para dar en otro? ¿Tundir padrinos para azotar ahijados?
 —Así parece.
 —Pues eso no lo ha inventado el conde de Xiquena, porque ya sucedía en tiempos de Don Quixote.
 —Cómo, ¿ocurría ya en tiempos de Don Xiquena?
 —Indudablemente; ¿tú no sabes que á cuenta de las posterioridades de Sancho, se desencantó Doña Dulcinea de Castuera?
 —Sí lo sabía.
 —Pues ahí lo tienes; para llegar al gran desencanto de Gálvez Holguín, los zurriagazos han caído ya sobre el Sr. Nuñez. Con que déjame, te repito, de apadrinamientos y de zarandajas. Si quieres que te apadrine, cáete á una pila y te sacaré de ella; es cuanto puedo hacer por tí, pero nada de duelos; y ya que el tuyo se va á verificar en la Huerta, haz, en último caso, que te apadrine el mono.
 —¿Sabes, Calinez, que tus palabras me parecen de una precadencia intolerable?
 —Pues me pasa con ellas lo que á Navarro Reverter con el cabello; no tengo otras.
 —Tengas ó no tengas, yo no he de consentirte las, y me darás inmediatamente una satisfacción ó una reparación por las armas.
 —Las satisfacciones las guardo para mí. Conque vengan las armas. Nos batiremos aquí mismo.
 —Y nos batiremos inmediatamente.
 —Espera un momento, Gedeón. A la puerta de la casa ha parado un coche. Veamos primero desde el balcón quién llega.
 —¡Estamos perdidos, Calinez! Es el conde de Peña Ramiro, que noticioso de nuestro duelo, acude á impedirlo.
 —¡Oh prodigiosa autoridad! apenas lo hemos concertado ya lo sabe.
 —Este hombre no es el gobernador de Madrid, ¿este hombre es Rocambolé!
 —¡Todo lo sabe, todo lo presente, todo lo adivinal!
 —¿Para el sólo tienen secretos las erres!
 —Mirale. Se apea del coche y manda al auriga y á Valeriano el lacayo que le acompañen.
 —Claro; tiene toda la policía repartida entre las casas de Campos y de Borrero. Ya sube por las escaleras.
 —Yo creo, Gedeón, que puesto que hemos sido descubiertos debemos desistir de nuestro sangriento propósito, y si no lo tienes á mal, aquí está mi mano.
 —Y aquí está la mía, Calinez.
 —Seamos amigos como siempre.
 —Lo mismo que siempre.
 —Pero, ¿y el conde?
 —Ya está otra vez en el portal.
 —¡Cielos! ¡también se ha enterado de que hemos hecho las paces!
 —¿No te he dicho que lo adivina todo! Desde el primer descansillo presintió que ya hacia tanta falta aquí como en el Gobierno civil. Pero, ¿qué busca en la calle con tanto empeño?
 —El coche; ¿se lo han robado!
 —Se lo han robado; es verdad, pero ¿á qué lo había presentito?
 —Seguramente. En fin, Calinez, veo que con un gobernador así tampoco podrá efectuarse mi duelo con D. Atanasio, y corro á presentar á éste mis excusas.
 Le daré todas las explicaciones que quiera, y hasta estoy dispuesto á decirle que él y yo somos muy compatibles. Qué remedio, ya que se empeña en que mi acta esté limpia ¡sea! Me presentaré en nuevas elecciones.
 —¿De modo que ya tampoco te bates en la Huerta?
 —Tampoco. Y en prueba de ello voy á llamar á mi criado.
 El criado (Congriez).—¿Qué manda el señor? Gedeón.—Si viene el señor obispo que pase.

LOS INMORTALES DE GEDEON

LOS MELONES DE DON ANTONIO

(REFUNDICIÓN DE *Los relojes del Rey Carlos*, DE CAMPOAMOR)

Don Antonio *el esforzado se encuentra asaz divertido*, de cien melones rodeado, cuando en su Huerta agolado va hacia el reino del olvido.
 Tenéis con el agua al cuello al país, dándole un chasco, mientras cultiváis un bello plantel de frutas de casco para dulce de cabello.
 Los ve delante y detrás con ojos de encanto llenos y los hace ir á compás; ni sufragio más ni menos, ni voto menos ni más.
 Si un Osma *se adelantaba*, el imperial melonero con mantillo lo tapaba, y al soterrarlo exclamaba: —Más despacio, ¡majadero!
 Si otro *está verde*, al instante lo revisa, y le da un puesto importante gritando, al tiempo: — Adelante, ¡majadero, ¡más aprisa!
 Y entrando un día—¿Qué tal? le preguntó Gedeón. Y el melonero imperial dijo:—yo ando bien, guasón, pero mis melones, mal.
 Recibid mi parabién— Gedeón dijo, sonriente;— mas yo creo que también si ellos andan malamente, vos, señor, no andáis muy bien.
 ¿No fuera una ocupación más digna de vuestra ciencia, calar antes el melón de la pública opinión, que apurarle la paciencia?
 ¿No véis que, según la traza y lo afanoso que estáis, con vuestra industria y el fruto que hoy cultiváis siempre os sale calabaza?
 Vos fomentáis las rencillas y discordias generales, y tal crecen sus semillas, que asoman por los bardales sus cabezas amarillas.
 Tenéis con el agua al cuello al país, dándole un chasco, mientras cultiváis un bello plantel de frutas de casco para dulce de cabello.
 Regresan, mancos y cojos de *allá abajo* los sencillos pimientos, en sangre rojos, y son sus nobles arrojos peldaño á los amarillos.
 El crimen rompe y des- (troza las muchedumbres compactas mientras vuestra gente moza, como en el teatro, goza con el sainete *Las actas*.—
 Don Antón, cortos momentos, dudó, y pudo responder: —Sí; mas ó menos violentos, sólo son remordimientos las venturas del poder.
 Yo, que agoto la paciencia con Tejada y Cos-Gayón, nunca pensé en mi existencia en poner á la conciencia de acuerdo con la opinión.—
 Y cuando esto profería con tono asaz lastimero, cada melón que allí había parece que le decía: —¡Majadero! ¡Majadero!..
 —¡Necio! —prosiguió— al deber unir el sentimiento, pues ya es tarde para ver que es una carga el poder, la gloria un remordimiento.—
 Y tener quiso el consuelo de cortar, de diez en diez, tantos melones, sin duelo, y arrojarlos *contra el suelo*, de acuerdo una sola vez.
 Pero su sana intención no pudo lograr por fin, que en la Huerta un azadón, hay sólo, y por precaución lo ha escondido Morlesin.

CORTES RECONSTITUYENTES

Indudablemente lo son las actuales; porque, quien no robustece, ensalza y purifica su ánimo con el espectáculo hermoso que ofrecen una tarde si y otra también los hemisiclos de nuestra Representación nacional?
 ¿En qué dirá el lector que se entretienen los padres de la patria? ¿En preparar leyes contra el anarquismo? ¿En arreglar lo de Cuba? ¿En confeccionar los presupuestos? Nada de eso; ya ni la discusión de las actas ofrece tema bastante divertido para que los representantes de la nación pasen el rato alegremente.
 La lucha hoy empeñada entre el presidente y los diputados, entre los escaños y el banco azul, entre la campanilla y los pupitres, consiste en un juego divertidísimo, que pronto será el primero entre las diversiones de salón.
 Los diputados de oposición se empuñan por hablar del desafío.
 Los presidentes se han juramentado para que no se hable de semejante cosa.
 ¡Ahí son nada los alardes de ingenio de las oposiciones para sacar á colación el tema consabido!
 ¡Ahí son nada las fatigas y sudores de la presidencia para ganar por la mano á los oradores!
 Se reúnen los ex-ministros, se confabulan las oposiciones, se apiñan las minorías para meter el asunto por la menor rendija del reglamento.
 Menudean los Consejos de ministros, se perciben los presidentes de las Cámaras, y hasta se dan instrucciones á los hujieres para tocar á los diputados y senadores discolos, no ya la campanilla, sino todo el gajate.
 —El Senado—dice, por ejemplo, el señor marqués del Pazo de la Merced—se ha enterado con profunda pena del fallecimiento de Julio Simón, y en la orden del día debe constar nuestro duelo...
 —¡Pido la palabra!
 —¡Pido la palabra!
 —¡Pido la palabra!
 —¿Para qué?—pregunta asustado el Sr. Elduayen.
 —¡Para eso del duelo!
 —¡No hay palabra! grita, repicando, la presidencia;



y empiezan los gritos, las vociferaciones, los pateos y el ruido de pupitres.
Un señor senador logra dominar el general tumulto exclamando:

—¡Pum! parece que se oye un tiro; y á propósito de tiros, ¿sabe la Presidencia si el duelo entre los dos generales va á ser á pistola?
—Silencio, señores; no se puede hablar más que de las actas...

—¡Pido la palabra!
—¿Es para el acta pendiente?
—Sí señor, para el acta.
—Pues tiene la palabra su señoría.
—He leído, señores, el acta que, con las firmas del marqués de Cabriñana y del Sr. Ceballos Escalera, han publicado los periódicos...

—¡A callar! ¡a callar!—grita la presidencia;—se puede hablar aquí de todas las actas, menos de esa. El orador se enfada; se enfadan también sus compañeros de minoría, y salen todos tumultuosamente del salón.

En el Congreso el Sr. Pidal se ve y se desea para mantener á raya á los señores diputados; y en vista de que se le suben á las barbas, ha pensado cortárselas un día de estos.

—¡Pido la palabra!
—¿Para qué?
—Para dirigir un ruego á la comisión de Gobierno interior.

—Si no es más que eso, ¡eche su señoría por esa boca!

—Pues es el caso que en el Salón de conferencias hacen falta media docena de mecedoras, y para no gravar demasiado el presupuesto de la Cámara, podrían comprarse de lance...

—¿Qué es eso de lance? Yo suplico á su señoría que retire esa palabra porque no puede pronunciarse aquí, mientras no esté constituido el Congreso.

—¡Esto es un atropello!
—¡Una vejación!
—¡Un abuso de autoridad!

—¡Orden! ¡orden!—grita la presidencia, rompiendo cuatro campanillas y echando los correspondientes badajos.

Un diputado liberal logra dominar la situación subiéndose en los hombros de Aguilera, y grita á voz en cuello:

—¡El Gobierno está en Babal! Tengo que hacer una revelación gravísima.

—¡Que hable! ¡que hable!—vociferan los padres de la patria.

—Hable su señoría—dice Pidal—si es tan grave lo que va á descubrir.

—Sencillamente—dice el orador—que mientras el Gobierno toma toda clase de precauciones para que el duelo no se verifique, el general Martínez Campos salió la otra noche arrastrando la espada.

—¿Dónde ha visto usted eso?—pregunta Azcárraga, persiguiéndose.

—En el tresillo de la señora marquesa de Squilache.

Tanto el presidente del Senado como el del Congreso sudan tinta todas las tardes, y dicen que su trabajo es superior á las fuerzas humanas.

Si ambos consiguen salir airosos del conflicto serán premiados por el Gobierno con las insignias del Toisón de Oro y un borrego de quita y pon.

—D. Antonio ¡por Dios!—dice Pidal; que esto ya es demasiado; que no puedo con este combate, que no soy Mendez Núñez...

—Mendez Núñez?
—Sí; porque este es otro combate del *callao*.

—D. Antonio, ¡por Dios!—exclama Elduayen—¿Tome usted la campanilla? ¿Hágame usted la merced?...

—Hágame usted antes el Pazo.

En tan grave aprieto para los presidentes de entrambas Cámaras, se acercó á ellos Gedeón, y les dijo:

—¿Me dejan ustedes presidir esta tarde?

Pidal dijo que no, porque, como filósofo tomista, prefería entregar la campanilla al *Sursum cordam*.

Elduayen aceptó la proposición, no sin tomar sus precauciones.

—¡Bueno!—exclamó el marqués—usted presidirá el Senado esta tarde; pero, ¿me responde usted con la cabeza?

Gedeón dijo que sí con la cabeza.

Y acto continuo cogió con un papel la campanilla de Elduayen, y se la llevó envuelta á la alta Cámara.

Inmensa expectación produjo la presencia de nuestro amigo en el sitial del Senado.

Gedeón, viendo que la expectación era general, la mandó arrestada, y dijo poco más ó menos:

—Señores senadores: los enemigos del orden social acaban de producir en Barcelona una de las catástrofes más horribles é inauditas que señala la triste historia del anarquismo español. Infelices mujeres, inocentes niños, honrados obreros, han muerto de la manera más espantosa ó sufren dolores tan cruentos como jamás los soñara para sus víctimas el más cruel verdugo de la historia... Ahora, señores, quien quiera hablar del general Borrero ó del general Martínez Campos, que tenga la osadía de levantar el dedo.

++++ **g armas al hombre**

El embajador de España en Londres, señor conde de Casa Valencia ha sido víctima de un sensible accidente:

«Según los informes telegráficos, recibidos por el señor ministro de Estado, al salir de la embajada y cruzar la calle, fué atropellado por un carruaje, resultando con heridas en la cabeza y brazos y una lesión en un pie.»

Lamentamos el accidente, y deseando pronta curación al representante de España en Londres, nos permitimos aconsejarle que no salga á pie, é imite, por el contrario, la conducta del representante de España en Washington.

Que va siempre en berlina.

—Oye Calinez, ¿por qué ha tomado el Gobierno precauciones militares en la capital del Principado?

—Porque Barcelona está de duelo.
—¡Ah! vamos; entonces ya comprendo por qué hay precauciones también alrededor de los domicilios de los generales Martínez Campos y Borrero.

El Consejo de ministros celebrado el lunes en la Presidencia no duró más que quince minutos.

¡Oh! ¡Quince minutos!
El cuarto de hora de Linares Rivas.

Ecos del Consejo:
«Respecto al otro punto, al debate anunciado por la minoría liberal del Senado, los ministros han examinado brevemente los fundamentos de tal propósito, y han acordado dejar á la iniciativa del presidente de la Cámara, la resolución del asunto, dentro de las facultades que le concede el reglamento de la misma.»

Parece que lo estoy oyendo:
—Diga usted, señor presidente, ¿qué instrucciones le damos al marqués del Pazo de la Merced?

—Ningunas; que se arregle.
—¿Cómo ningunas?
—Que se arregle he dicho; que zalga del Pazo como pueda.

El Sr. Groizard en el Senado:
«Hace seis días fueron sorprendidos en un hotel de la Castellana dos generales de Ejército que se proponían ventilar allí una cuestión de honor.»

¡Ventilar! ¡ha da lo usted con el verbo! ¡perfectamente! ¡ventilar!

Porque eso ya huele...
**

Sigue hablando el Sr. Groizard en el Senado:
«El Gobierno ha dejado de comunicar á la alta Cámara los hechos ocurridos, dándose el caso de haberse faltado á la representación parlamentaria deteniendo á dos senadores.»

Anda, para que aprendas.
Después que el Gobierno evita la efusión de sangre, aún se le echan encima los señores del Senado.

¡Si cuando dos quieren reñir, no hay cosa peor que meterse en medio!

Ya ha aprendido Cánovas para otra vez.
Que unos señores quieren batirse... ¡pues allá se las compongan!

Que se rompen las costillas, ¡pues allá se las compongan también!

A lo sumo, con plantar árnica en la Huerta habrá cumplido con exceso todos sus deberes.
**

El Sr. Groizard, dale que dale:
«Supongamos, dice, que las actas de Cuenca no hubieran sido declaradas graves; ¿como podría venir á defender su elección uno de los generales arrestados?»

Pero señor, ¿cuánto siento yo que Julio Ruiz no sea senador por derecho propio!

Porque si él estuviese ahora en la alta Cámara, se levantaría y diría, como en ¡Eh! ¡a la plaza!

—¿Que ha ocurrido una irregularidad en las elecciones de Cuenca.

¿Y á mi qué?
Y Gedeón, desde su asiento de diputado respondería como un eco:

—¿Y á mi qué?
**

Dos noticias que rectificaremos gustosos, caso de estar mal enterados:
Se nos comunica, por quien debe saberlo, que nuestro antiguo amigo el fecundo escritor Sr. Sepúlveda ha colgado su bien tajada péñola por indicación del Consejo administrativo de una importante compañía en la cual desempeña elevado cargo dicho señor.

Sentimos vernos privados de saborear los frutos del ingenio de tan celebrado autor.
**

Dícese que muy en breve se va á conceder un destino de consideración en la Compañía antes citada al conocido crítico *Amaniel*.

Lo celebraremos muy de veras.
**

Un dato elocuentísimo de la penuria á que ha llegado el Erario español.

Al señor ministro de Hacienda le han dado un premio: ¿por qué dirán ustedes? ¡Por tener un perro! ¡Quiera Dios que siquiera sea grande!

El intencionado y habilísimo conde de Romanones impugnará el dictamen del acta de Castuera.

De seguro que si al Sr. Gálvez Holguín le hubieran propuesto que eligiese entre los diputados al impugnador de su acta, no hubiera dicho por el conde de Romanones «este escojo».

El Sr. Navarro Reverter, está muy furioso porque sus compañeros de Gabinete no le ultiman los presupuestos parciales.

Y dice con las manos en la cabeza, que como continúe este estado de cosas, va á hacer una Vicalvarada.

Se comprende.

Este Gobierno es incapaz de sacramentos; ¡ve á dos generales á punto de romperse el bautismo de fuego, y sólo se le ocurre irles con arrestos y más arrestos.

—¿Ignorará el Sr. Cánovas lo que significa en castellano la palabra arrestos?

Es posible, porque lo mismo en la Academia que en el Ministerio, es muy poquita cosa el Castellano que tiene D. Antonio.

La *Gaceta* ha publicado el decreto relevando á don Francisco Borrero y Limón del mando del sexto Cuerpo de Ejército.

Y se anuncian como posibles otras decisiones análogas del Gobierno.

Don Antonio, no apriete usted demasiado el limón. Es fruto de la Huerta.

Siguen las precauciones:
«El señor gobernador civil ha ordenado á los delegados de su autoridad extremen la vigilancia en todos los distritos de Madrid para impedir cualquier atentado anarquista.»

Y cualquier duelo, ¿no es verdad?

Porque si «eso» llega á verificarse, hágase cuenta el conde de Peña Ramiro de que ha caído una bomba en el Gobierno civil.

Del señor ministro de Hacienda:
«También ha desmentido que se haya convenido ningún empréstito de cien millones de francos con la casa Rostchild con la garantía del rendimiento de las minas de Almadén.»

Almadén, ¡me parece muy bien la garantía! Almadén.

Es ya lo único que nos queda por dar: el alma.

Dice un diario oficioso:
«Durante la ausencia del marqués de Lema se ha encargado del despacho de la Dirección de Comunicaciones el subsecretario de Gobernación señor marqués de Vadillo.»

¡Qué ganas de adular al Gobierno!

Porque eso es decir que ahora el Gobierno se queda sin *lema*!

¡Como si lo hubiera tenido alguna vez!

De la sesión del Congreso:
«El Sr. Barrio y Mier, por su parte, añadió que las leyes no eran lo suficientemente severas en este punto y pidió al Gobierno que á la mayor brevedad traiga á la Cámara un proyecto de ley especial destinado á reprimir de un modo severísimo la propaganda anarquista y castigar los crímenes como su maldad merece.»

Calinez, dile á Barrio:
Tranquílcese usted, porque todos nosotros confiamos en que sepa nuestro Gobierno cumplir con su deber y envíe el anarquismo al otro barrio y mier.

Despacho de Berlín:
«El emperador Guillermo ha comunicado telegráficamente al conde Guillermo de Bismark, hijo segundo del ex-gran canciller del imperio, que será padrino del único hijo que acaba de dar á luz su esposa.»

¡Cómo se alegrará von Bismark de que el emperador apadrine á su nieto!

Y apropósito, Piave, ¿qué lástima que Martínez Campos no tenga un nieto también en estos días!

—¿Por qué?
—Porque los padrinos ya los tiene buscados.

IMPORTANTE

Avisamos á nuestros lectores que las suscripciones se hacen directamente en la Administración de este periódico.

Los señores abonados que se ausenten de Madrid durante la época del verano se les servirá este semestral sin aumento alguno en el precio de la suscripción, para lo cual se servirán pasar el correspondiente aviso.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

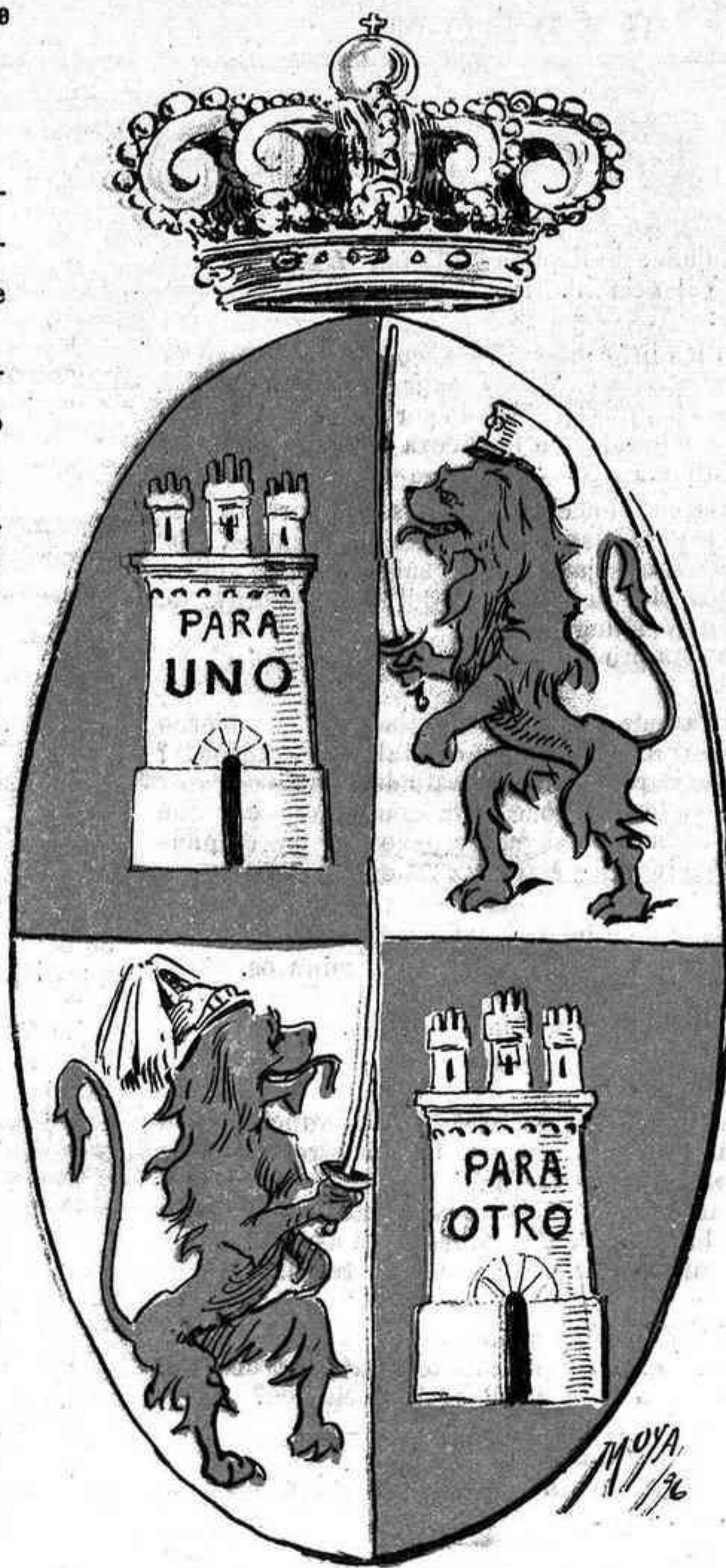
Organizada por GEDEÓN con el concurso de todos los que pintan algo en política, literatura, etc.

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

(Continuación.)

- Barrio y Mier.—*Dá a Carlos lo que es de Carlos.* (Plantación de setas en las provincias Vascongadas.)
 Canga Argüelles.—*La hoja de parra.* (Academias femininas.)
 Rodríguez Chaves.—*El bostezo de Juan Rana.* (Cuadro de dos siglos há.)
 Pi y Margall.—*Naturaleza muerta.*
 Gutiérrez de la Vega.—*Caza de La Cierva en el Congreso.* (Apunte... ¡fuegol.)
 Carvajal (D. José).—*Ataque a la retaguardia.* (Cuadro militar.)
 Pidal (D. Alejandro).—*La Ascensión del Señor Silvela.* (Boceto nebuloso.)
 Cleveland.—*La esperanza me mantiene.* (Estudio de verdes sin comestibles.)
 Clarín.—*Zeda nadando en un mar de confusiones, es decir, per gurgite vasto.* (Estudio de pesca.)
 Pardo Bazán.—*Naranjos en flor.* (Cuadro bíblico.)
 Salillas.—*El maestro de caló.* (Cuadro de malas costumbres.)
 Danvila.—*Desembarco del obispo de Coimbra en el puerto de Palos de Moguel.* (Cuadro académico-histórico.)
 General Pando.—*El general Weyler tomando una cacahuita de chocolate.* (Retrato a la sanguina.)
 Comba.—*Retrato del padre Cámara... oscura.* (Pintura al colodión.)
 Campillo.—*Viento de popa.* (Marina a la sepia.)
 Morlesin.—*De vuelta de la pesca.* (Retrato del autor en funciones.)
 González (D. Venancio).—*Preparando el gazpacho.* (Costumbres manchego-fusionistas.)
 Cerralbo.—*El cura de Flix predicando el Evangelio.* (Cuadro de batalla.)
 Sánchez Moguel.—*Asesinato de D. Fernando el Católico por el cura Merino.* (Reparación histórica.)
 Juan Soldado.—*Un batallón batiéndose en la manigua.* (Costumbres militares.)
 El mismo.—*Varios generales batiéndose en la Península.* (Costumbres políticas.)
 Martínez Campos.—*Campesino no-mando.* (Grabado en dulce.)
 Gullón (Juez).—*La Concha Alcalde.* (Retrato a la pluma en papel del sello cuarto.)
 Esteban (D. Martín).—*Lo que nd de ayer a hoy.* (Paisaje al carbón.)
 Fernández Caballero.—*El lago de Como.* (Bodegón.)
 Fabié.—*Bacantes en el Consejo de Estado.* (Cuadro luctuoso.)
 Labra.—*El negro Santos de Santo Domingo, defendiendo un pleito.* (Estudio de bufete.)
 Luceño.—*Azuleos.* (Estudio en cabello.)
 Niembro.—*El trasiego.* (Aguada.)
 Rancés.—*Tiempo primaveral.* (Paisaje con chistes.)
 Bosch.—*Sin contrata.* (Apunte del natural.)
 Aguilera.—*Un techo.* (Pintado con el dedo.)
 Obispo de Sion.—*Y es más lista que Cardona.* (¿Qué razón tiene El Motín? Cuadro de género.)

LA CUESTIÓN PALPITANTE



Solución Nacional

- Fernanflor.—*Negligé elegante.* (Tela de cuadros)
 Aguilera (D. Luis Felipe).—*Pais de abanico.* (Pintura circular.)
 Betances.—*Cabeza de burro.* (Retrato del autor.)
 Azcárraga.—*La Ordenanza.* (Códice miniado.)
 Ferreras.—*El torero herido.* (Pintura prerrafaelista.)
 Sellés.—*Dulce anarquista.* (Cuadro de la escuela italiana.)
 Elduayen.—*La campanilla de los apuros.* (Cuadro de costumbres parlamentarias.)
 Calixto Ballesteros.—*Las de costumbre.* (Flores naturales.)
 El duque de Tetuán.—*El Tío Sam.* (Retrato muy favorecido.)

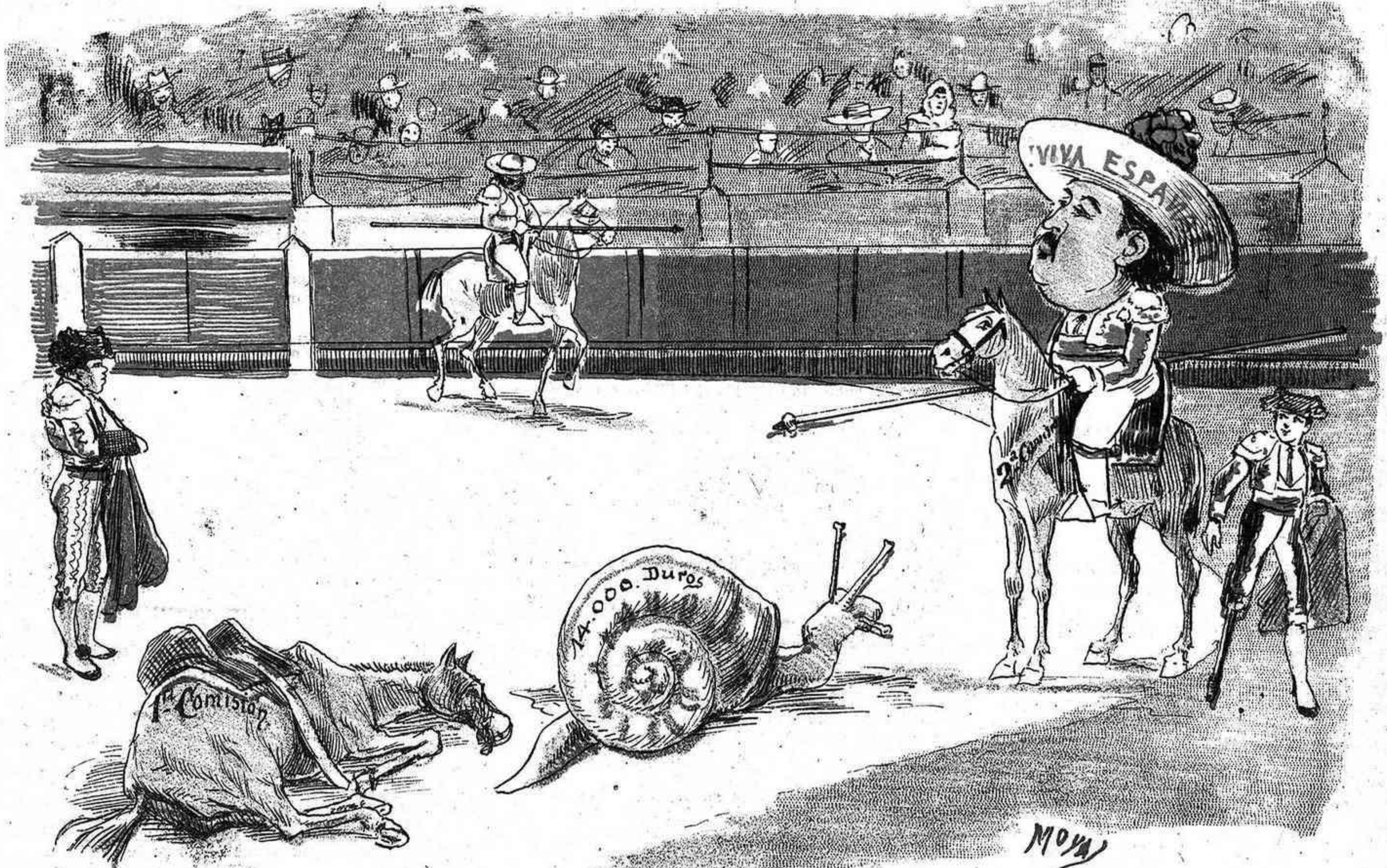
(Se continuará.)

PROBLEMAS DE MATEMÁTICAS

PROPUESTOS POR GEDEÓN A LOS EXAMINANDOS DE AHORA

- Dados un círculo y varios puntos, averiguar en qué relación está con ellos D. Luis Felipe Aguilera.
 —Averiguar la razón de Pf con 25 Ezquerdos decimales.
 —Dados Lema y Vilana, averiguar cuál es más paralelepipedo.
 —Dada una parábola, salirse por la tangente según el procedimiento de Noherlesoom.
 —Hallar una media proporcional entre Castellano y Vital Aza.
 —Siendo Lillo la hipotenusa y D. Venancio un cateto, ¿quién es el otro cateto?
 —Dividir un contribuyente en partes iguales.
 —Hallar una tercera proporcional a dos horizontales.
 —Dado un lado de un concejal inscrito (en el partido conservador) hallar el lado de otro concejal semejante circunscripto.
 —¿Cuántos años necesita Pidal para hacer la suma... teológica de los diputados de la mayoría?
 —Si de la espada de un general «quita usted hierro», ¿qué es lo que queda?
 —Siendo Castellano el minuendo, ¿cómo puede ser también el sustraendo de las actas de Puerto Rico?
 —En esta operación quien tiene que sacar el resto es el señor García Molinas.
 —Multiplicar un número (del *Diario de Sesiones*) por Morlesin seguido de cuneros.
 —Si elevamos el presupuesto al cubo, ¿qué habrá que añadir para elevarlo a Cuba?
 —Aplicar la criba de Eratóstenes a los silvelistas primos.
 —Dados de un lado Cos-Gayón y de otro la tabla de Pitágoras ¿se puede formar un encasillado?
 —Aplicar la extracción de raíces a la muela del juicio de un capitán general de ejército.
 —¿Qué apuros pasará el duque de Tetuán para «elevar a potencias la cuestión de Cuba?
 —Una persona recibe 200 pesetas en duros sevillanos y mil reales en pesetas filipinas; ¿cuánto dinero ha recibido el pobre?
 —Dado un eminente tribuno, averiguar cuándo y cómo se verificará la venida de los republicanos platónicos al poder.
 —Conociendo un Dato, despejar de Memoria las incógnitas del Ayuntamiento de Madrid.

NOVILLOS EN POLVORANCA ó la corrida de Beneficencia



CALLOS Y CARACOLES